

del Amazonas colombiano, en especial a los murui, a quienes prácticamente esclavizó y humilló, castigó y asesinó, generó el mal por la ambición capitalista y a veces por placer, el mal por el mal, el mal puro como mito que destruye los mitos originarios de los indígenas amazónicos. En el segundo capítulo de esta parte se escribe de manera extensa sobre la violencia bipartidista (conservadores contra liberales) en los años cincuenta, época en la que la muerte tenía su cultura y su estética, y ello es notable en la manera como los bandoleros de lado y lado tratan al cadáver del adversario: lo mutilan, lo transforman, lo dislocan, lo degradan, lo decapitan y lo exhiben como ejemplo de lo que son capaces de hacer amparados por sus ideales políticos, religiosos y morales; fue una época en la que la venganza se erigió como reina del pueblo. A pesar de ser asuntos prácticos, históricos, dolorosos, la profesora Uribe Botero desde su escritorio académico, en varias ocasiones, hace análisis lógicos de estas cuestiones morales, utilizando variables e incógnitas, fórmulas y razonamientos, que enredan un poco la lectura y la comprensión del texto.



El valor filosófico de la obra escrita de Ángela Uribe Botero es inmenso e innegable, quizá por ello el libro se encuentra en una colección bibliográfica de una prestigiosa universidad colombiana, pero su exceso académico lo hace poco accesible al público en general, porque aun cuando trata de asuntos como la violencia, el conflicto y el mal en

Colombia, algo que vemos en la televisión, la Internet y los diarios, el trato filosófico lo hace poco comprensible para el lector común. Desde la perspectiva universitaria se ve que el ejercicio de aplicar filosofía moral al asunto del mal en Colombia ha sido bien hecho, es un esfuerzo excelente. Desde la perspectiva libertaria se observa que este libro muestra la dependencia sudamericana con respecto de la civilización europea, tratamos de hacer filosofía según el modelo occidental dominante para sentirnos un poco modernos.

JHON ROZO MILA

La inseguridad del Estado

In/security in Colombia. Writing Political Identities in the Democratic Security Policy

Josefina Echavarría

Manchester University Press,
Manchester, 2010, 258 págs.

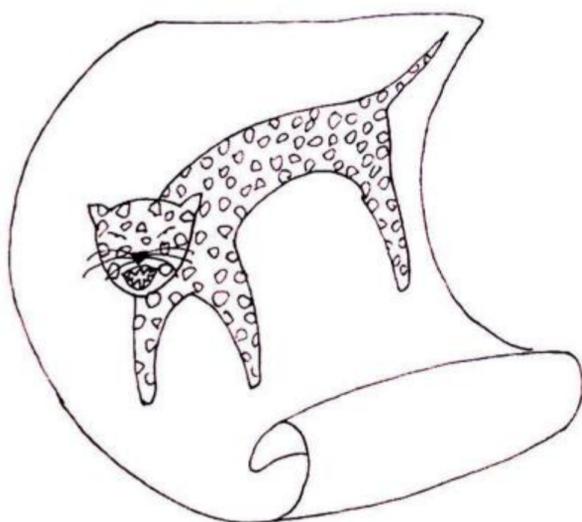
Josefina Echavarría cumple su objetivo de realizar, desde la perspectiva crítica de los estudios de seguridad, un análisis acerca de los efectos de la Política de Seguridad Democrática en Colombia (2002-2010?). El libro es resultado de su investigación doctoral, cuyo texto original fue presentado en el 2006 en el programa de Paz, Conflicto y Democracia de la Universitat Jaume I en Castellón (España). Su interpretación es original, valiente y vanguardista. Es original porque plantea una hipótesis que se sobrepone a los lugares comunes que buscan explicar el conflicto y la guerra en Colombia. Plantea que el discurso de in/seguridad del Estado, plasmado en la Seguridad Democrática, no previene la violencia sino que la genera y exacerba. De este modo, deja en evidencia —para los propios académicos, inclusive— que la amalgama Estado/seguridad

no ha sido desnaturalizada, a pesar de que, después de la expansión mundial de la lucha antiterrorista, la seguridad sea la principal plataforma de legitimación del Estado y la promesa irrealizable, pero eficaz, ofrecida a los ciudadanos.

Es una contribución vanguardista por la forma como enfrenta los ejes in/seguridad, Estado e identidad. La autora afirma, por ejemplo, que el discurso y las prácticas vinculadas a la in/seguridad proporcionan a los sujetos posibilidades congeladas, cristalizadas, de exceder posiciones fijas —o identidades ideales— originadas, a su vez, en preocupaciones por la seguridad que han sido implantadas de manera hegemónica. Argumenta, además, que el Estado depende de la producción de peligros, revelando así que la naturaleza del ciudadano ideal es la de un consumidor de peligros —e inseguridad— que se conforma, según la trayectoria dibujada para él, con integrarse a esa comunidad de intereses compartidos. En este sentido, vivir inseguros —o sin seguridad— es una forma de disfrutar la posibilidad de imaginar otras opciones políticas capaces de detener la violencia generada por estrategias como la Seguridad Democrática. Esta es una afirmación valiente y reveladora, llevada a una dimensión analítica profunda por la autora al reafirmar la necesidad de que política, subjetividad y paz sean concebidas en plural, pues son nociones que comparten ese mismo carácter.

Es un libro fluido, de largo aliento, capaz de atrapar al lector sin que la profundidad del análisis y las entradas analíticas le resten belleza estilística o se vean comprometidas. El balance entre los vuelos interpretativos —*insights*— y los ejemplos, independientemente de ser material empírico inédito o no —y la escogencia de los mismos— es más que adecuado; es, de hecho, sobresaliente. Muestra de ello es el fragmento del cuarto capítulo en el cual son presentadas algunas disposiciones derivadas de la Política de Seguridad Democrática: Batallones de

Alta Montaña, Unidades Urbanas Antiterroristas, el programa “Soldado por un día” —dirigido a los niños de “zonas guerrilleras”— y la creación del Grupo Especial de Operaciones Psicológicas. La autora analiza algunos aspectos de estos dos últimos programas en el departamento de Arauca como cuando los niños eran llevados todos los jueves a los campos militares a recibir charlas sobre el carácter terrorista de las guerrillas y sobre los principios de la lucha contra el terrorismo. Se asumía así que ellos eran “hijos de guerrilleros” y podían “colaborar” haciendo llegar el mensaje, siendo ésta, además, una forma de incorporarlos al “ejército de la patria”.



El texto está compuesto por seis capítulos, incluyendo algunas observaciones finales. El primer capítulo consiste en un sobrevuelo por el contexto colombiano. La autora toma la inteligente decisión de exponer el conflicto nacional a partir de las diferentes formas como ha sido denominado y representado. Esto quiere decir que son contempladas perspectivas académicas, definiciones de gobierno y conceptos de la comunidad internacional y de algunos organismos del exterior. En los tres últimos casos; el punto de quiebre es el alineamiento con la lucha contra el terrorismo. Este recuento permite alejarse de un listado frío de hechos para así garantizar una plataforma que destaca la pertinencia de su propuesta.

La diferencia entre los conceptos convencionales de seguridad y los provenientes de los estudios críticos,

haciendo énfasis en las interacciones entre soberanía y subjetividad, es el eje del segundo capítulo. La autora explica, tomando como base el origen del Estado para Hobbes, que la principal preocupación nacional es, justamente, asegurar la idea de Estado. La soberanía es, entonces, la salvaguardia del Estado que viabiliza la obediencia de los ciudadanos que, a cambio, reciben protección. Los ciudadanos deben luchar por su soberanía, lo cual les será retribuido en forma de seguridad; en otras palabras, se obedece para garantizar la propia seguridad y así legitimar la existencia del Estado. La autora afirma que la noción de soberanía es el centro del pensamiento político moderno, pero demuestra que si se reflexiona en conjunto con la noción de subjetividad, es posible constatar que ambas han sido constituidas de manera violenta. El capítulo deja claro que la in/seguridad como promesa imposible, de categorías condicionadas en forma desigual, permite por la vía performativa la reproducción del Estado como soberano. Desafortunadamente, la autora no explora lo suficiente —ni por medio de los casos seleccionados— las trayectorias o mecanismos relativos a identidades cuyo principal rasgo es el de ser performativas. En parte, esos mecanismos responden a preguntas que sí fueron planteadas: ¿A qué debemos temer, entonces? ¿Qué somos y qué no somos cuando el valor democrático más importante es la in/seguridad y no la libertad? Son cuestionamientos que permitirían ilustrar mejor el contenido de la alteridad impuesta, pues el contraste “ellos”/“nosotros” es el punto de partida de cualquier definición de lo social construida de manera intersubjetiva y no sólo de la impuesta por estrategias de control y dominación.

El tercer capítulo demuestra que el fin de la paz —el cierre de las negociaciones con las Farc-EP al final del gobierno de Andrés Pastrana en 2002— marca el comienzo de la promesa de seguridad de la era Uribe, convertida en un discurso hegemó-

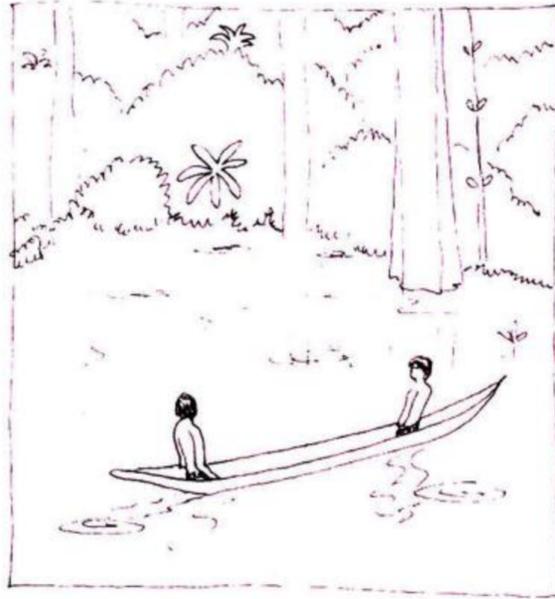
nico y autoritario. Lo que es más grave es que el fin de la paz, entendido como el consenso de un discurso hegemónico, hizo parecer inevitable el llamado a la in/seguridad. Si Pastrana naturalizó la idea de identidad nacional en la búsqueda por la paz, para Uribe la paz no era más una opción. De hecho, como bien aparece en el texto, en las elecciones de 2002, los propios candidatos tuvieron que elegir entre la paz o la seguridad. Y los resultados todavía saltan a la vista. Echavarría analiza cómo la seguridad se consolida como el principio democrático fundamental para que los ciudadanos puedan ejercer sus libertades. El objetivo de la democracia no es más garantizar las libertades sino garantizar la seguridad y la soberanía para que, ahí sí, los ciudadanos ejerzan sus limitadas libertades. Es como si la libertad naciera muerta. La autora demuestra que Uribe llega a hablar de exceso de democracia, respecto a un exceso de libertades de los ciudadanos, asumiendo una autoridad perdida, causa de la debilidad del Estado, según su versión de la historia. Uribe encarna el gobierno fuerte, no débil, amparado, de todas maneras, por una elección democrática. La autora anota que las víctimas fueron los primeros objetivos de la Seguridad Democrática al ser llamados a conformar los ejércitos de soldados campesinos y las redes de informantes. El ejército de los “colombianos buenos”, de los “patriotas” y “héroes” —los mismos ejes de los discursos de los jefes paramilitares desmovilizados y extraditados— fue creado y, por esa vía, la ciudadanía se militarizó. La polarización ideológica —en mis términos— fue más radical y, por la militarización concomitante de la sociedad, tomar parte en un bando se hizo imperativo. Como bien concluye Echavarría, la reproducción de una sociedad del miedo y de la desconfianza inviabiliza un escenario político plural, desorienta el propio dolor y empaña la distinción entre guerra y paz.

La idea de la seguridad convertida en una obligación de la sociedad

sigue siendo desarrollada en el cuarto capítulo. Sin embargo, el giro hacia el alineamiento en la lucha contra el terrorismo es mucho más claro. La interdicción de la categoría conflicto armado interno es una de las aristas distinguibles de un proyecto que busca el control de una población considerada una masa de sospechosos. Al encarnar la lucha contra el terrorismo, no más la lucha contra las drogas, y prohibir hablar de conflicto armado interno, la guerra del Estado se hace en nombre de la población colombiana y él se preserva su papel de proveedor de seguridad, convirtiéndose en el líder y protector de los ciudadanos. En esta sección del libro, Echavarría demuestra que la producción de identidades políticas está permeada por la conformación del “ejército de los buenos”. Quien forma parte de la nación debe pertenecer a ese bando. Lo paradójico es que cuando se asume la lucha contra el terrorismo, la omnipresencia del enemigo se instala y genera la sospecha generalizada de que uno de “nosotros” puede ser el enemigo. La solidaridad se convierte en una obligación de los ciudadanos y la colaboración se vislumbra como el camino a seguir. De esta manera, como bien argumenta la autora, la solidaridad es convertida en un proyecto social obligatorio, en el cual está en juego la colaboración con las fuerzas de seguridad. Lo más peligroso es que la distinción entre violencia estatal —considerada legítima— y violencia no estatal ilegítima es racionalizada por medio del concepto de solidaridad. Peor aún: la nación es usada en aras del patriotismo y así la violencia ejercida por el Estado se hace incuestionable.

El concepto de “paz segura” también es explorado en este apartado y sus implicaciones son aberrantes ya que la colaboración en la lucha antiterrorista y el sacrificio por la patria —inclusive el sacrificio de la autonomía política, en mis términos— son considerados elementos fundamentales de la plataforma para el desarrollo, el progreso, las posibilidades de inversión y, por úl-

timo, la paz. Una paz cuya frontera con la guerra ha sido borrada, en parte, por disposiciones como el proceso de desmovilización que, no obstante, es coherente —en mi perspectiva inspirada por Echavarría— con el proyecto de sociedad que se ha buscado implantar: una sociedad de soldados y no de ciudadanos.



La paz en plural y su relación con los discursos de resistencia es el principal aspecto tratado en el último capítulo. La autora selecciona tres casos: el discurso de las Farc-EP, el Programa de Paz de Antioquia (2001-2003) denominado Plan Congruente de Paz y el discurso de resistencia de los nasa en el Cauca. La exposición de los casos es muy rápida; de hecho, entrar en detalles podría rendir material para un libro. El contraste es válido porque permite vislumbrar algunos horizontes o estrategias para contrarrestar los efectos desencadenados por la Política de Seguridad Democrática. No obstante, más que la exposición rápida de los casos, son las múltiples definiciones de paz las encargadas de opacar argumentos contundentes, contenidos en los cuatro capítulos anteriores.

Por otro lado, es sobresaliente el hecho de que Echavarría construya una serie de consideraciones éticas para enfrentar la ardua tarea de analizar las formaciones discursivas de resistencia que, como ella bien advierte, pueden contener rezagos de hegemonía o sus lecturas pueden llegar a reproducir estereotipos a los

cuales grupos marginalizados han sido forzados. Para la autora, el discurso de las Farc-EP implica una renuncia a las libertades políticas, derechos democráticos y a la vida misma con el propósito de lograr una seguridad futura. Se comparte con el Estado de la in/seguridad la lucha por ser el verdadero “nosotros”: ejército de la patria vs. ejército del pueblo. Éste no sería un discurso de resistencia. Ya el Plan Congruente de Paz de Antioquia, basado en la pedagogía de la no violencia, refleja una paradoja: la no violencia puede ser usada como un método pedagógico, pero no puede ser una norma de conducta para las instituciones del Estado, máxime en situaciones en las cuales se considera que la seguridad y soberanía están en juego. Finalmente, el discurso de resistencia de los nasa en el suroccidente del país, plasmado en acciones como el rechazo a participar en un “consejo comunitario” en septiembre de 2005, la minga ocurrida ese mismo año y la implantación de guardias, armados sólo con bastones, son vistos por la autora como ejercicios alternativos de democracia que hacen contrapeso a la violencia armada. En mi opinión, pensar dichas acciones en esos términos restringe el propio impacto y la profundidad histórica de un movimiento indígena como el del Cauca. Considero que la autora tiene en las manos una alternativa analítica más loable cuando habla de política no convencional. De hecho, propone el concepto de política de la afinidad, inspirado por consideraciones que podríamos denominar interculturales que suponen también una identidad performativa y la construcción dialógica de la política. La propuesta final de Echavarría está relacionada con la idea, que ella también incluye en su argumentación, de política agonística, basada en el reconocimiento de los principios de fragilidad y vulnerabilidad con relación a un “otro” que la in/seguridad sólo contempla como enemigo. En suma, el último capítulo y las observaciones finales plantean una agenda de investigaciones, reflexiones,

diálogos y negociaciones a futuro que pueden llevar a acuerdos en los que el principio de la in/seguridad no permanezca incólume.

SILVIA MONROY ÁLVAREZ
Antropóloga. Doctoranda en Antropología Social, Universidade de Brasília (UnB).

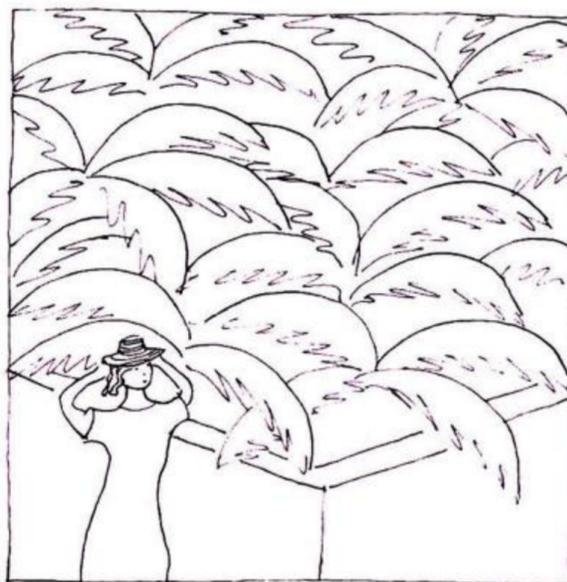
¡Ay hombre!, ¡pero qué violencia, con parranda vallenata incluida!

Realismo mágico, vallenato y violencia política en el Caribe colombiano

José Antonio Figueroa
Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2009, 274 págs.

Entre los brutales cambios que se han presentado en la sociedad colombiana en los últimos tres decenios sobresale que se haya impuesto el vallenato como principal expresión musical de este país, hasta el punto que se le ha asignado un premio Grammy, que se entrega en Miami, y los niños vallenatos cantan en diversos lugares del mundo, como en la Casa Blanca de Washington. Se podría pensar que esto es un resultado de la calidad intrínseca a este tipo de música y que tiene que ver con una cuestión puramente cultural y folclórica, que engrandece a Colombia e indica la diversidad mestiza del país. Se sostiene, de acuerdo con la lógica mediática de los poderes corporativos de la información (El Tiempo, Caracol y RCN), que el vallenato es la expresión de lo mestizo porque allí confluyen el acordeón, proveniente de los “blancos” de Europa; la caja, propia de los negros traídos de África, y la guacharaca de los pueblos indígenas. Se arguye que no hay mejor expresión cultural del carácter mestizo y triétnico de la sociedad colombiana, que la pretendidamente representada en el vallenato. Se agrega que

este mestizaje refleja una integración pacífica de las diversas “razas” y clases sociales, lo que muestra el carácter abierto de la sociedad costeña, en la cual no habrían habido contradicciones sociales insalvables y por ello las relaciones han sido más bien de compadrazgo que de confrontación y lucha.



Además, se añade que ciertos personajes emblemáticos por sus acciones políticas, literarias, periodísticas y/o culturales o todas a la vez, se han convertido en los propulsores del vallenato, entre quienes se recuerda siempre a Alfonso López Michelsen (el “pollo vallenato”), Gabriel García Márquez (de quien se dice que escribió un vallenato de cuatrocientas páginas llamado *Cien años de soledad*), Enrique Santos Calderón, antiguo director de El Tiempo y defensor a ultranza de la parranda vallenata, y Consuelo Araújo Noguera (la Cacica). Para incorporar a esta tetralogía de intelectuales al panteón del vallenato se ha realizado una labor de endiosamiento que ha corrido por cuenta de ellos mismos, dados sus variados poderes mediáticos, económicos, políticos y simbólicos, o por las clases dominantes de la costa y las del interior del país, en especial de Bogotá. Esta visión oficial y heroica del asunto, que se ha hecho dominante, sólo tiene un problema: es falsa. Y no sólo falsa, porque eso sería lo de menos, sino que esconde una terrible historia de violencia y muerte,

que ha consolidado el dominio de los grandes terratenientes en los últimos decenios.

Para develar esta turbia historia, José Antonio Figueroa, un literato y antropólogo colombiano que vive en Ecuador, ha escrito un notable libro, cuya riqueza analítica con dificultad puede sintetizarse en unas cuantas páginas, por el riesgo de perder gran parte de sus contribuciones políticas e intelectuales. Empero, es necesario intentar un acercamiento a tan importante obra.

En el libro se parte primero de un análisis de *Cien años de soledad* (1967), un texto sobre el cual se han escrito miles de libros y artículos, en los cuales se examinan diversos tópicos literarios, históricos y culturales. Podría pensarse que este es uno más de esos, a veces aburridos, análisis literarios y textuales de García Márquez. Pero al adentrarse en la lectura del libro de José Antonio Figueroa se evidencia que nos encontramos ante una obra de otra índole, que pretende, en primera instancia, resaltar el sentido crítico de esa novela con relación a la sociedad de la costa Caribe del país. Para demostrar que esta no es una invención puramente literaria de García Márquez —porque aunque sea una obra de ficción está relacionada con un entramado histórico y social concreto, al que denuncia de manera crítica, por supuesto acudiendo a todos los recursos de la literatura—, Figueroa incorpora algunos análisis etnográficos que sobre la estructura familiar de la costa se escribieron en la década de 1960. A partir del análisis de dos tipos de textos, el literario y el etnográfico, el autor relaciona “los elementos constitutivos de las formas tradicionales de organización social del Caribe colombiano con las grandes asimetrías económicas, de género y de raza, y con la violencia política que actualmente se ha generado en la región” (pág. 22). Su propósito principal apunta a explorar “la metáfora del incesto y la violencia como recursos útiles para describir los modelos de relaciones sociales endogámicas de tipo matrilocal, que remiten a una